

EL DIOS MUGRE

Víctor López Rache

PALABRA CLAVE:

Literatura.

En plena crisis de valores ocurre el milagro: del fondo de la desesperanza emerge el Dios Mugre. No se había manifestado en siglos anteriores esperando la decadencia de los demás dioses y porque divinidades de su omnipotencia no nacen por caprichos de imaginaciones encendidas. Él ha venido a encubrir ciertos fenómenos, arraigados dentro y fuera del alma del hombre contemporáneo. Éste era el tiempo ideal para su nacimiento. Un siglo de brutalidad y estupidez, iluminado por ciertos destellos que, con el mal uso, también se han convertido en productores de mugre y de terror. El gran acontecimiento del siglo no es la prometida muerte de la poesía ni el llamado fin de la historia, es la aparición del Dios Mugre con su capacidad ilimitada para abarcarlo todo. Para imponer su autoridad, sin responder a preguntas necias de escépticos, llegó reafirmando los postulados del espíritu del progreso. Siguiendo la lógica de la brevedad, de su nombre eliminó los artículos y, en homenaje a los problemas en boga entre los fanáticos del sexismo, combinó los géneros: se llama Dios Mugre. Si algún academicista delicado dice: Dios, masculino; Mugre, femenino, Él responderá: además de ser el Dios de la época, soy Dios de la gramática.

Comenzó el reinado donde la civilización le concedía plenos poderes para su expansión permanente. Ahora busca reinar en algunas comunidades del Tercer Mundo, aún libres de la lógica del imperio de las cosas y con imaginación solícita a rendirle culto a todo lo novedoso y extraño. Efectúa sus invasiones con asombrosa sutileza; atrás, parece, quedan los ejércitos de paz o fuerzas de terror, la diplomacia o los espías. Envía imágenes, mensajes sublimes, himnos, legiones de predicadores, donde va extendiendo su manto, deja como realidad una red de espejismos.

Para evitar enconos en las sensibilidades aferradas a antiguos credos, fue sustituyendo símbolos. En la alcoba moderna aparece una reina de ideas humedecidas o un político autista; las escenas ruidosas de la televisión han invadido el espacio de los sueños e instalado fronteras entre los miembros de la familia. Bajo el signo del progreso, el hombre es un muñeco de humo y su hábitat una abstracción asqueante; basta el diseño de una nueva autopista para quedar sin respiración. En cualquier lugar reduce a la persona a su mínima expresión y la obliga a drogarse con la fetidez de los siglos, compuesta por la confusión de olores de valiosos perfumes. Hay espacios limpios, desde luego, pero sin vidas limpias. Condominios reservados cuyos habitantes, con su opulencia, ensucian hasta más de setenta veces que el ciudadano normal; las grandes fortalezas en que unos pocos manejan el poder para conspirar contra las inmensas mayorías. Estas son las vidas imprescindibles para el Todopoderoso: aparentan ser limpias mientras son ideologizantes y dueñas de la suciedad.

El poseído por el Dios Mugre comienza a sufrir ansiedades y a avergonzarse de su identidad. Nada quiere saber de su historia, genealogía, detesta a sus semejantes y considera la justicia pasada de moda; es narcisista y solitario y, como respuesta a condicionamientos psicológicos, sufre alegres pesadillas: sueña girando entre infinitos espejos, mientras en todos los puntos del universo escucha una voz que repite, basura eres, y en basura te convertirás. Esta experiencia lo convierte en fiel y puede elegir como ideología la frivolidad: una encuesta en Bogotá reveló que los interrogados encontraban la felicidad teniendo “tres pintas nuevas”; otras víctimas de las preguntas capciosas de los periodistas, en la Habana, afirmaron que alcanzarán el paraíso llegando a Miami. En esta etapa, el Dios Mugre con sus maravillosos efectos, les ha paralizado la sensibilidad para ponerlos a su servicio sin dejarles opción para el descontento. Ellos han comprendido las leyes que rigen el entorno y sólo les interesa adaptarse a los sofismas ofrecidos por los enviados, que lectores de periódico y televidentes llaman líderes del progreso.

El Dios Mugre tiene como principal motivador el miedo. Quienes intentan marginarse de su ritmo alucinante, temen ser declarados inútiles y, en consecuencia, arrojados de la historia y del espacio. Sobre ellos pasará “la limpieza”. Bajo los rigores de este dominio se ha adquirido el hábito de entender lo contrario al significado de las palabras; por ello se repite hasta el cansancio: transparencia y justicia, incorruptible y dinamismo, cordura y armonía. Cualquier manifestación de libertad y belleza, por ejemplo, oculta una dignidad putrefacta y una esclavitud fervorosa.

En honor a la deidad se deben producir desechos en serie. Dedicados a ello hay científicos sometidos a los delirios de las tiranías superdesarrolladas aspirantes a genios beneficiados con premios tan mancillados como deseables, artistas de fama insospechada gracias a la suspicacia de los comerciantes, fundaciones de ecologistas patrocinadas por multinacionales, depredadoras de la naturaleza y del hombre; para

defender la libertad se han sembrado bombas atómicas en puntos estratégicos del globo; el amor desfallece ante el tibio aroma de un auto, el vivo color de una flor de plástico y una cabeza por dentro, calva, con violento ruido de fondo, son capaces de imponer presidente. Un pensador dice: la filosofía debe leerse como una novela de espías, y un poeta, buscando trascender los límites del continente, afirma: hoy resulta más poético un comercial de Coca-Cola que un poema de Borges. Repitiendo conceptos de esta índole, se ha logrado contaminar la conciencia para que el cuerpo, sin repulsión instintiva, pueda producir y consumir basura. Pero es difícil advertir esta conspiración contra la vida y su hábitat, porque todo convive en perfecta armonía bajo la encendida mirada del neón que busca arrojar la noche del alcance de los pobladores de la tierra. La luz oculta la podredumbre y el peligro.

Para edificar el templo a la deidad se deben destruir espacios, pasados y mitos. Sobre los despojos aún palpitantes, con la magia de la técnica se construye la maravilla en breve tiempo. El ser anónimo sin preguntarse la razón de la existencia de la monumental figura, apenas la puede contemplar desde la distancia o a través de imágenes. Su temible pomposidad sólo permite ser admirada, y en silencio. Esa aparición automática extermina las energías creativas y hace del transeúnte un obstáculo que estorba el esplendor que irradia el ego arquitectónico. La estructura destinada al Dios Mugre se distingue porque en ella nadie habita. Todo lo monumental está sirviendo para callar y ausentar el hombre.

Primero fueron los monstruosos estadios colmados de fanáticos irreversibles y plazas bendecidas por sargentos, artifices de hecatombes inmortales. Ahora ensuciando cerebros, teatros de pornoviolencia y universidades, empeñadas solamente en obtener descomunales ganancias en nombre del conocimiento y los valores universales, le disputan el liderato a bancos y supermercados. Inspirados por el Dios Mugre, los publicistas descubrieron en las monedas el origen del sonido más elevado del alma humana y, por eso, usan apartes de las composiciones de los grandes clásicos para promocionar el dinero.

Las alucinantes vitrinas con sus infinitos productos, envueltos en basura de presentación provocadora, han convertido al hombre en recolector; pero no en el hombre primitivo que recogía frutos, cuyos sobrantes al cabo de los días eran prósperas semillas. El recolector de hoy apenas puede llevar la dosis que le permite sobrevivir produciendo cosas inútiles para satisfacer las exigencias del consumismo ascendente; la mayoría de objetos recogidos con ansiedad, por falta de solvencia económica, debe dejarlos a la salida del supermercado. Con este sacrificio se logra otra de las aspiraciones de los dueños de la deidad: estimular y prohibir con una misma señal. Si continua este reinado, en poco tiempo, en la tierra no habrá como escapar de los rigores del Dios de nuestra época, racionalista a ultranza, aunque bajo sus dominios permite descabellados templos de superstición, a los cuales acuden, a dar ejemplo, los presidentes pragmáticos y los intelectuales que preparan los líderes del futuro. Esta divinidad está convirtiendo el mundo y sus pobladores en un libro que para llevarlo a la muerte, en vez de arrojarlo a la hoguera, lo lanza al fondo de los espejismos para que sea carcomido con la lentitud que lo haría el agua putrefacta.

La existencia del Dios Mugre es una realidad. ¿Cómo atrevernos a dudar de un Todopoderoso cuyos efectos son palpables? Tampoco es censurable la demora de su aparición entre la raza humana; desde antes de los tiempos, Él se venía preparando para darnos el honor de nacer en nuestro esclarecido siglo. Su larga gestación la confirman, entre otros, los siguientes hechos: en épocas de la conquista de América, a los cristianos se les prohibía bañarse argumentando que el contacto con el agua era un pavoroso ritual de lujuria (y hoy, en pleno postmodernismo, ¿dónde se ha visto una iglesia con baño al alcance de los feligreses?). En un cuento revelador de Kafka, su protagonista se asqueaba con alimentos frescos, prefería lechuga descompuesta, o sea, enlatados; con deleite devoraba leche corrompida. En este peldaño del milenio, que nos reduce a una figura alucinada, no hay como dudar de la existencia del Dios Mugre. Un poeta, quizá escéptico, así lo confirma: "No puede ser de otra manera. La Tierra es un desecho del universo".

Close Window